



Sara, esposa de Abraham



SARA, ESPOSA DE ABRAHAM.

DESPUES que á la voz del Omnipotente volvieron á hundirse en el grande abismo las aguas que inundaban la tierra, todos los hombres salidos de Adán y que se habian diseminado por el mundo, quedaron otra vez reducidos á una sola familia, como en tiempos del primer hombre. Todo lo restante del género humano habia sido devorado por el diluvio. El diluvio se habia unido con el inmenso depósito de los mares, y éstos saliéndose de su centro, traspasaron sus orillas, y cubrieron la superficie del globo. El cielo, por decirlo así, se unió con la tierra, para acabar sobre todo cuanto en ella tenia vida. Aquella catástrofe terrible dejó sobre la faz y en las entrañas desgarradas de la tierra, así como en la historia de la universal tradicion, trazas inequívocas de su existencia como medallas conmemorativas de su data y de su universalidad. Las aguas, dominadoras un día, dejaron sus conchas, sus yerbas marinas y los restos de sus animales petrificados en las cimas de los montes; y los desiertos azotados por el viento, suspiran aún con el triste ruido de las olas.

Noé, su muger y sus hijos, y las mugeres de éstos se vieron dueños del universo; pero no como el primer hombre, de un mundo brillante de inocencia, de gloria y hermosura, sino de un mundo desierto, culpable y devastado. Con todo, quiso el Señor, que reposando de nuevo sobre la cabeza de un solo gefe la esperanza de las generaciones futuras, fuese este grande hecho una segunda promulgacion del dogma de nuestro comun origen, y que por su medio se renovase para las generaciones venideras el culto de la verdad y de la virtud ya antes casi olvidado entre los hombres. ¿A dónde hubiera llegado el olvido de Dios y de su ley sin esta espantosa prueba? Rejuvenecidas y purificadas así las tradiciones y las creencias de las edades anteriores, el terror, si no la gratitud, debía mantener despierta la fe y la sumision del linaje humano. Mas ¡ay! que bien presto volvió el egoismo para dividir á los hombres, y las pasiones para aleargarlos! ¡Muy pronto esta familia, convertida despues en pueblo, debía ser la única que por largos siglos conservase la memoria del escarmiento y de las esperanzas!

Poco tiempo despues del diluvio, los ilusos mortales, estendidos sobre los campos de Sennaar, concibieron el loco proyecto de escalar el cielo: y la fábula trasmittió su delirante audacia con el esfuerzo de los gigantes, á quienes Júpiter aplastó por querer escalar su trono. A una señal divina que descendió como un castigo, los operarios de la torre de Babel, hijos de los hijos de Noé, sintiéronse confusos entre sí, y hablaron sin entenderse. Y despidiéndose llenos de oprobio, á medio construir su temerario monumento, se dispersaron por las regiones de los cuatro vientos del cielo, llevando consigo ideas de religion y de sociedad, restos de las primitivas doctrinas, que el tiempo alteró en su curso; y que si algunas veces fueron practicadas con gloria y felicidad, otras por la corrupcion de los hombres lo fueron con infortunio y con infamia.

La idolatria entró al mundo llevando por la mano al despotismo, así en la familia como en la sociedad; pues á medida que se degrada y se oscurece la idea de Dios, la noción del derecho se abate y se borra, y cede su imperio á la fuerza, que es la bárbarie. Cuando la civilización enorgullocida se separa de su origen que es Dios, y sueña por sí misma en hacer descender el cielo sobre la tierra, apodérase de las inteligencias un vértigo fatal, las palabras pierden su sentido, y domina el caos entre los hombres que no se entienden á sí mismos, renovándose la necia temeridad y el castigo de Babel.

Pero Dios no desampara del todo su obra. A las pasiones que arrastran al hombre, les dá un contrapeso que retiene la humanidad en el círculo de sus destinos: y por efecto de esta sabiduria suprema que gobier-

na al mundo, la verdad y la virtud, á mas de la inteligencia que secretamente conservan hasta con las almas extraviadas, han hallado siempre sobre la tierra un asilo público, y una especie de solemne hospitalidad. Y convenia que no se interrumpiese el curso de las almas rectas y de los corazones sencillos, como una arca santa que conservase las semillas de la justicia entre el diluvio de la universal corrupcion; prodigio perenne que permitió la Providencia hasta la venida del gran Reparador. Tiendas patriarcales, legisladores y profetas, sinagoga judía, Dios encarnado, preceptor y modelo de sus criaturas, Iglesia católica, apóstoles, mártires, doctores, leyes generales del mundo ó vocacion especial de los individuos y de los pueblos; nunca, nunca ha faltado la voz para convidar á los hombres al respeto de todos los derechos y á la práctica de todos los deberes; y nunca la humanidad se ha visto tan desanciada, que con mas ó menos generosidad no haya respondido á este llamamiento. Así, cuando las razas de Sem, Cham y Jafeth, hijos de Noé, se hubieron repartido el universo, y despues que, trazándose cada cual su camino, empezaron á descarriarse por el error, escogió Dios el gefe futuro de un gran pueblo para hacer tambien de él el gefe y el padre de los creyentes; eleccion maravillosa, que tenia por objeto el hacer la verdad mas estable entre los hombres y mas manifiesta á sus ojos, fijándole en una familia y en una nacion, y dándole una forma y una espresion sociales.

Este ilustre privilegiado, que llevaba consigo las esperanzas del porvenir, se llamaba Abraham, descendiente de Sem, otro de los tres hijos de Noé, y que llevaba sobre sí la bendicion de aquel patriarca y segundo progenitor del género humano; el cual, inspirado por superior revelacion y rasgándose á sus ojos el denso velo de lo futuro, veía ya en los siglos venideros la conducta que observarían las generaciones de sus hijos que habian de repoblar la faz de la tierra. Por esto exclamó en un éxtasis profético: *¡Bendito sea el Señor Dios de Sem!* No porque Dios dejase de serlo de Cham y Jafeth, sino porque contemplaba el patriarca, que la posteridad de sus dos últimos hijos dejaria abandonado el culto y el conocimiento de su Criador, así como por el contrario, se conservaría uno y otro en una ramificacion considerable de la descendencia de Sem, de la cual era Abraham y su posteridad numerosa.

Abraham, pues tal se llamó antes el dichoso descendiente de Sem, se habia enlazado con Sarai, hija de su hermano. En aquellos tiempos primitivos el parentesco no podía impedir todas las alianzas que hoy impediría; y solamente despues de la difusion universal del género humano debieron los cristianos ensanchar el campo de sus libres afecciones, á fin de que el egoismo, que el precepto de la caridad destierra de las conciencias, no

viniese á refugiarse en las familias bajo el especioso velo del matrimonio. Sarañ se llamaba también Jescha, como si se hubiese querido significar por esta palabra, que por su belleza atraía las miradas de todos; sin duda porque su alma irradiaba en torno suyo aquel embeleso del pudor, que no pueden suplir ni ocultar, ni la mas armónica proporcion de los contornos, ni las formas mas puras y agraciadas.

Sarañ, como Abraham, descendió de Sem, que fué, segun la comun opinion, el mayor de los hijos de Noé, y nació sobre el año 2020, cerca de ocho siglos antes de la guerra de Troya, poco antes de la época en que los historiadores profanos colocan el reinado de Semíramis. Sabido es que la posteridad de Sem y de Cham esparció su gloria precoz y fugitiva sobre el Asia y el Africa: los hijos de Cham enriquecieron la Fenicia por el comercio, y el Egipto por medio de sábias leyes: su nieto Nemrod fundó el primero de todos los imperios, al cual dió su nombre Assur, hijo de Sem, y en el cual otros hijos de Sem hicieron brillar las maravillas de una célebre civilización. La posteridad de Jafeth, que se extendió hácia la Europa, para probarla en seguida, tardó algun tiempo en representar sobre la escena del mundo un papel que mereciera ocupar los recuerdos de la historia. Mas cuando aquella se apoderó del cetro, fué para empuñarle orlada con un raro esplendor de intrepidez y de genio, como suele acontecer con los que vienen despues, por cuanto ella se hizo la mejor parte, y supo conservarla. Sepultó las dinastías egipcias bajo la majestad de sus pirámides, y ahogó las viejas monarquias de Oriente en el polvo de sus muelles civilizaciones. Reinó sobre el universo por los griegos y los romanos, estos pueblos principes de las bellas artes, de las ciencias y de la guerra. Esta raza reina todavía en el universo por medio de los pueblos de Europa que presiden, despues de Dios, la marcha general de la humanidad. Jafeth puso la mano sobre la cabeza de Cham en señal de dominacion, y penetró como señor en las tiendas de Sem, que le ha cedido su lugar.

Moisés refiere circunstanciadamente en el capítulo X del Génesis, las genealogias de los tres hijos de Noé, que es la nueva propagacion del linaje humano despues del diluvio. Empieza nombrando los diversos hijos de Jafeth, que se repartieron despues las islas de las naciones, ó sea diversos continentes, cada cual segun su propia lengua, nacion y familia. De los hijos de Cham saca los fundadores de Babilonia, de Ninive y de Resen, á la cual llama la ciudad grande, fijando por último los confines de los pueblos cananeos. Pasa despues á nombrar los hijos de Sem, padres de las diversas razas semíticas, que se dividieron la tierra, y señala

también su habitacion desde Mesa hasta Sefar, monte que se levanta por el Oriente.

Muy conocidos fueron en las primeras edades del mundo los hijos de Noé. El nombre de Jafeth fué conservado entre los griegos; y Horacio, en una de sus odas, le reconoce por padre de aquel Prometeo que robó el fuego del cielo. Los jonios miraron siempre á Jafeth como á su padre, y cuando los poetas pelasgos hablan de los hombres en general, los llaman hijos de Jafeth. Los medos, los tracios, los moscos, los jonios, los pueblos de la Elida nos recordaban los nombres de *Madaí*, de *Thisas*, de *Mosoch*, de *Javan*, de *Elisa*, todos hijos de Jafeth y nietos de Noé. Los asirios, los elymenos, los armenos, los elmodenos, los salpenienses, los jobabitas, conservaban los nombres y la memoria de *Assur*, de *Elam*, de *Aram*, de *Elmodad*, de *Saleph*, de *Jobab*, todos descendientes de Noé, por medio de Sem. Segun Plutarco, el nombre de *Chemía* dado al Egipto, y en el de *Ammón* tan célebre en la Lybia, se volvía á encontrar el nombre de *Cham*, tercer hijo de Noé. El Chusistan, situado cerca de la embocadura del Tigris, Saba y Regma, á lo largo del golfo pérsico, habian tomado sus nombres de *Chus* y de *Saba* y *Regma* sus hijos. Gomer y Magóg poblaron una parte de la Siria y de la Tartaria. En esta region inmensa se hallan en gran número vestigios de Gog y de Magog en los nombres de las provincias, de las ciudades y de los hombres; y es una tradicion constante en este pueblo, que sus habitantes descienden de Gog y de Magog. ¿Qué dirémos de los sidonios, salidos de Siden, de la isla de Arab, poblada por los aradienses, que salieron de Canaan, y de la medalla de *Laodicea metrópoli de Canaan*? Todos estos pueblos cuya situacion nos demarcaron exactamente Plinio y Plutarco, todos estos pueblos tan célebres en las antiguas historias, solo encuentran su respectivo origen en los hijos y descendientes de Noé, conservados en el Génesis; y estos hechos eran ya conocidos en el mundo antes que naciesen los primeros escritores de la Grecia. Y aunque estos griegos, harto modernos, harto vanos y superficiales, ignorasen ó afectaran ignorar los fundadores de las naciones que existian muchos siglos antes que ellos empezasen á escribir su historia; estos monumentos de sus fábulas arrojan hartas ráfagas de luz sobre los acontecimientos primitivos del mundo, contenidos en nuestros libros santos.

Abraham y Sarañ habitaban en la ciudad de Ur en la Caldea. Aquel pais estaba desde entonces abandonado á la idolatria, pero no tan innoble como la que embruteció despues á los desdichados pueblos. El fuego recibia allí un culto. Seguramente que de todos los caracteres que forman y re-

producen el nombre de Dios en el gran libro de la naturaleza, la luz de los astros y el calor del sol eran los mas claros y significativos para los habitantes de las vastas llanuras que se extienden á las orillas del Tigris y del Eufrates, bajo un cielo siempre puro y abrasador. Debilitándose por el tiempo los recuerdos tradicionales, y conturbada la razon por el ardor de los sentidos, lo que no era sino un signo, fué tomado por la realidad viviente; y el Criador desapareció, en algun modo, bajo la magnificencia de su obra. Adoróse al sol y á los astros que despiden de tan lejos al hombre la luz y el calor, y que ejercen sobre él una influencia inevitable, y el fuego vino á ser un emblema general de estas divinidades imaginarias. Queriendo, pues, el verdadero Dios sacar á Abraham de en medio de estos errores, descarrios lastimosos de la razon, le dijo un dia: "Deja tu país, tu parentela y la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré. Yo te haré un grande pueblo. . . bendeciré al que te bendiga, y maldiciré al que te maldiga, y en tí serán benditas todas las naciones de la tierra." Dulces y honoríficas palabras, que prometian una gloria y una prosperidad segun el espíritu, mas bien, aunque una gloria y una prosperidad segun la carne; y que venian á la vez á sostener la esperanza de la humanidad decaida, y asociarla al trabajo de su propia rehabilitacion.

Sea que Dios hable solamente al corazon, ó sea que su voz se haga tambien oír físicamente por medio de la combinacion de los elementos, ó por el órgano de la Iglesia, pone siempre en lo que dice como un sello de verdad que crea una certitud incomparable, y subyuga la voluntad, sin dejar de respetarla. Abraham obedeció al llamamiento de lo alto, y se puso en camino acompañado de su esposa Saraí, de Tharé su padre, y de su sobrino Loth. Permanecieron los viajeros por algun tiempo en Haran, ciudad de Mesopotamia, en donde murió Tharé. Continuóse despues el viaje hácia el Oeste, pasando por Damasco, y si hemos de dar crédito á antiguas tradiciones, Abraham habia ejercido en estos lugares una especie de autoridad real. Lo cierto es que Damasco se encuentra sobre la linea que conducia desde Mesopotamia á la tierra de Canaan, á donde se dirjia el peregrino de la fé; que el recuerdo de este gran patriarca llena aún en el dia todo el Oriente, y que la opinion le atribuye la fundacion de Dimschak ó Damasco. Y sea lo que fuere de estos relatos, adoptados de otra parte por Trogo, Pompeyo y los varios historiadores de la Siria, prosiguió Abraham su viaje, y llegó al centro de un prolongado valle, en donde fué luego despues edificada Sichem, que ha pasado á ser un arrabal de la actual ciudad de Naplusa; tierra ahora inculta, pero siempre fecunda, suave y dulce como la tierna juventud de

sus verdes llanuras, melancólica como sus largos horizontes y como sus ruinas.

Hombres hay que parece reúnen en sus destinos personales la suerte de todo un pueblo, ó bien alguna de las facces de la vida general del mundo. Semejante á las generaciones que el tiempo precipita desde el borde de sus variables orillas hácia un misterioso porvenir, Abraham, abuelo del árabe errante por el Desierto y del judío que arrastra consigo bajo todos los climas su esperanza indefinida, pasaba realmente sobre la tierra como un viajero. Levantaba hoy la tienda que habia plantado ayer, como un desterrado que no tiene mansion fija y permanente, y que vá en busca de una patria. Desde los campos de Sichem bajo á las llanuras del Sud de la Palestina, y luego hácia el Egipto, á causa del hambre que desolaba el país de Canaan. Saraí, aunque ya no era jóven, no habia sufrido aún en su vejez los ataques del tiempo; bien fuese por un privilegio concedido á una existencia llena de maravillas, bien fuese vigor natural del cuerpo en aquellas edades primitivas, en que una vida mas prolongada gozaba sin duda de una flor menos rápida que las caducas bellezas de nuestros dias. ¿La hospitalidad fraternal en que vivian los antiguos pueblos podia, pues, servir á Saraí de suficiente defensa contra los insultos de un pueblo extranjero? No lo creyó así Abraham. "Yo sé que eres hermosa, le dijo con aquella simplicidad encantadora de los tiempos antiguos, y que los egipcios al verte dirán: Ella es muger; y me matarán para poseerte. Suplicote, pues, que les hagas entender que eres mi hermana, para que no se me hagan malos tratos por tí, y que por tu respeto se me deje la vida." Y en efecto, no se mata á un hombre porque tiene una hermana, mientras que para robarle la esposa no hay muchas veces otros medios que darle la muerte. Y debemos recordar además que, segun la costumbre de su tiempo y tal vez de su país, Abraham, tio de Saraí, podia por esto mismo llamarla hermana suya, pues entre los hebreos los títulos de hermano y de hermana designaban diversos grados de parentesco, como se desprende del language habitual de las Escrituras. Con todo, el príncipe extranjero fué inducido en error; y bien que Abraham, sentándose en la mesa hospitalaria, no compareciese delante de un tribunal, sus palabras debian tener indudablemente el carácter de la mas pura sinceridad, aun cuando fuese en vista de un peligro mortal.

Apenas el viajero hubo ganado las fronteras de Egipto, ya estaba informado el rey de la belleza de Saraí, pues la familia cortesana se ha mostrado siempre muy hábil y dispuesta para olfatear y descubrir todo cuanto puede alargar las pasiones de su señor. Saraí se vió quitada del

lado de su esposo y conducida á palacio, y por causa de ella Abraham fué tratado con la mayor consideracion, y se le ofrecieron por presente lo que constituia la riqueza de los siglos primitivos y de los pueblos pastores, rebaños de bueyes y de ovejas, de asnos y de camellos, y una multitud de servidores y sirvientas. No obstante, no quedó impune el príncipe, por haberse apoderado de Sarai, muger de Abraham, y el Señor hizo llover sobre él y sobre su palacio castigos extraordinarios. Advertido á consecuencia, por el azote del cielo, acerca la verdad de los hechos que se le habian dejado ignorar, respetó á Sarai, alma recta y pura que se habia entregado con la mas sincera confianza en manos de la Providencia, y á la cual la Providencia no habia abandonado jamás. Faraon hizo venir á Abraham á su presencia, y le dijo: "¿Cómo te has portado así conmigo? ¿por qué no me advertiste que era tu muger? ¿Por cuál motivo la has llamado hermana tuya, esponiéndome á tomarla por esposa?" Dió pues órden á los suyos para que vijilasen en la seguridad del extranjero, y que no le sucediese el menor accidente en su partida de Egipto; y puso á Sarai en su poder. Poco tiempo despues, cuando Sarai siguió á Abraham al país de Gerara, en la Petrea, sobrevino el mismo incidente con circunstancias á corta diferencia semejantes. Sarai fué milagrosamente protegida contra Abimelech, nombre comun de los gefes de aquel contorno, así como el nombre de Faraon era comun á todos los que gobernaban el Egipto.

Y ciertamente nada debe maravillarnos esta especial intervencion de la Providencia en la vida de los primeros hombres. El dedo de Dios se halla en todos los acontecimientos; pero hay dos órdenes de hechos en los cuales resplandece de un modo especial: á saber, ó cuando los destinos generales del mundo atraviesan una época critica, ó cuando las almas escogidas se ven amenazadas en sus mas caros intereses. Así en las edades primitivas Dios conducia como por la mano á la jóven y candorosa humanidad. El vino á instruir en persona el proceso de Adan caído: él conversó familiarmente con el justo Noé, con los patriarcas, con su siervo Moisés. Así tambien en el origen del cristianismo, y cuantas veces los pueblos enteros se conmovieron para entrar en el seno de la Iglesia, diseminó profusamente milagros por medio de los apóstoles y propagadores de la fé: hizo prolongar la vida de los mártires en medio de la atrocidad de los tormentos; y á las virgenes condenadas á cobardes injurias por el tribunal infame de los procónsules romanos, les dió por defensa una aureola de luz, que las cubria como un manto diáfano, y que no pudo rasgar la mano aterrada y ciega del mas osado ultraje. Leccion sublime, que manifiesta por una parte que Dios vela como un padre so-

bre las razas humanas, y muy particularmente sobre los corazones rectos; y por otra, que así la carne como el espíritu tiene su pureza, que la hace augusta y que acarician y respetan los mismos cielos.

Con todo, Abraham dejó el Egipto con Sarai y todo cuanto poseia, y entró otra vez en la Palestina. Loth por su parte poseia tambien cuantiosos bienes, y así necesitaban los dos una vasta estension de país, para que no faltase pasto á sus ganados, y no se moviesen contiendas entre sus dependientes. Separáronse, pues: Loth escogió la parte oriental de aquel país, fijando su residencia sobre las orillas del Jordan, que lamia muellemente las llanuras entonces fértiles y rientes de Sodoma y de Gomorra. Abraham se retiró hácia el Occidente y habitó el valle de Mambre, que tanta celebridad adquirió despues. Pasado poco tiempo, algunas tropas venidas, segun se cree, del imperio Asirio, y reforzadas por algunos pequeños príncipes del contorno, probaron someter definitivamente los reyes de Pentápolis, que se cansaban de una dominacion estranjera, y rehusaban un tributo pagado por espacio de doce años. Era Pentápolis aquella region ocupada entonces por las cinco ciudades de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Bala, llamada tambien Segor, y hasta donde se estienden hoy dia las mudas y pesadas olas del Mar Muerto. Los reyes cananeos fueron vencidos, y sus bienes entregados al saqueo. Loth, que habitaba entre ellos, y que les habia prestado algun socorro, quedó con todas sus riquezas, presa de los vencedores. Informado al momento Abraham de aquel desastre, reunió á toda prisa los mas valientes de los suyos, y sostenido por algunos aliados que habia en el país, cayó durante la noche sobre las tropas asirias, las puso en derrota, y se llevó á Loth y á los cautivos con todo el botin. Al volver de esta feliz expedicion, fué saludado y bendecido por Melchisedech, rey de la ciudad que se llamó mas tarde Jerusalem, y sacerdote del Altísimo; figura de otro pontífice y de otro monarca, que purificó el mundo por la efusion de su propia sangre, estableciendo su reinado sobre los espíritus y los corazones; y que, con el Evangelio en la mano, vino delante de la humanidad para ayudarla en esta senda de dolor y en este laborioso combate que se llama la vida.

Por lo dicho puede conocerse lo que era la sociedad política en aquellos antiguos tiempos: la tierra empezaba á dividirse en diferentes reinos que tenian tan poca estension como fuerza. El gefe de las familias patriarcales, aunque sin perder el antiguo modo de vivir, andaba al igual de los reyes, contratava alianzas con ellos, declaraba la paz y la guerra; solamente que no habitaba entre elevados muros ni en suntuosos palacios, y tenia por súbditos sus hijos y servidores. Su principal riqueza consistia

en ganados. Su vida era laboriosa y sencilla como la de los campos. Por lo demás, él representaba la religion, así como gobernaba su reducido imperio; y órgano respetado de las tradiciones anteriores á él, lo que habia aprendido de sus padres lo trasmitia á sus hijos. Su larga existencia, los monumentos que consagraban la memoria de los principales hechos, el corto número de verdades propuestas á la creencia pública, todo le ayudaba á mantener en el seno de su familia las instituciones religiosas en su pureza originaria. ¡Cuánta distancia de la sencillez de aquel órden doméstico, á las hábiles y complicadas combinaciones de nuestro órden social! ¿Y quién se atreverá á asegurar que la verdadera felicidad de los individuos haya aumentado en la misma proporcion que la civilizacion universal? ¡Cuánto han cambiado las costumbres! El acrecentamiento de la poblacion y el desarrollo de la industria, llaman intereses mas multiplicados sobre un campo de batalla mucho mas angosto: las satisfacciones dadas á las necesidades reales, producen una multitud de necesidades imaginarias: á consecuencia de las estensas relaciones que establecen el trabajo y el lujo, para crear el bienestar y la prosperidad, nacen nuevos derechos que importan nuevos deberes. Y estos intereses, y estas necesidades, y estos derechos, y estos deberes, que amenazan de continuo entrar en un conflicto, se hallan determinados y mantenidos por reglas mucho mas complicadas que en otro tiempo: en lo interior el peso de los poderes públicos y el mecanismo de la administracion; en lo exterior el equilibrio de las nacionalidades, fundado sobre la balanza de sus fuerzas respectivas; en el seno de todo el universo cristiano, los esfuerzos del genio y la superior influencia del Evangelio, principios todos y resultados de este movimiento progresivo que empuja la humanidad desde los dolores de lo presente en que ella concuerpa su Gógotha, hasta las glorias de lo futuro en que tendrá su Thabor.

Abraham habia recibido la promesa y alimentaba la esperanza de una ilustre posteridad, y sin embargo, llegaba la vejez sin traerle hijo alguno. “ Levanta tus ojos al cielo, le dice el Señor, y cuenta, si puedes, las estrellas. Así será tu descendencia.” El patriarca no tenia menos fé en la palabra divina, que el día en el cual, por órden del Altísimo abandonó los campos de la Caldea. Sarai deploraba su larga esterilidad, que en aquellos tiempos de fé y en la sencillez de las antiguas costumbres, se tonia como un castigo del cielo; y nunca llegó á imaginarse que debiese partir con Abraham el privilegio y el gozo de revivir en sus hijos; y mas solicita aún que su esposo á que se verificasen en él las promesas del cielo con respecto á la descendencia prometida, y haciendo, por decirlo así, una generosa y espontánea abdicacion de sus propios derechos, lle-

gó hasta aconsejarle que se desposara con Agar, su sierva, siguiendo la costumbre de aquellos siglos, en los cuales era tolerada la poligamia. Tal vez queria de otra parte consolarse así, por medio de una maternidad prestada; pero por desgracia se engañó, pues halló, por el contrario, en esta resolucion el origen de los mas amargos pesares, por cuanto se manifestaron rivalidades entre las dos esposas. Es de creer que Abraham, en la proposicion de Sarai, no vió mas que una candorosa sinceridad y rectitud de miras, y que condescendió con sus ruegos, no dudando que este pensamiento era una inspiracion del cielo. Y no se engañó el venerable patriarca; pues quiso Dios por este enlace de Abraham con una esclava, y por el hijo que de ésta habia de nacer, figurar misterios muy sublimes que se descubrieron despues. Quizás la triste Sarai, no teniendo valor bastante para resignarse, fué severa y exigente como la mayor parte de las personas heridas por la desgracia; ó puede que Agar, olvidando su condicion, se mostró imprudente ó demasiado orgullosa de su fortuna, pues iba á tener un hijo de su señor; y no tardó realmente en dar á luz á Ismael, el duro prorenitor del pueblo árabe. La rivalidad debía nacer naturalmente de la posicion en que se encontraban las dos esposas. Agar fué muger legitima de Abraham: pero no era la primera, y tal vez la dicha de ser madre, y la esperanza de ver cumplidas en el fruto de su seno las promesas de Dios sobre la posteridad de Abraham, la hizo olvidar su inferioridad.

Pero Ismael no era el infante de la promesa. Un dia, pues, se apareció el Señor á Abraham y le dijo: “ Yo soy el Dios Omnipotente, anda en mi presencia, y sé perfecto. Yo contrataré alianza contigo, y te multiplicaré hasta al infinito. Yo te haré gefe de muchos pueblos, reyes nacerán de tu linage. Mi pacto contigo y con tu descendencia, permanecerá siempre durable, y yo seré tu Dios y el Dios de tu posteridad. A tí y á tus descendientes daré en herencia perpetua la tierra por donde pasas como viajero, todo el país de Canaan....” En efecto, se contrajo una alianza: Abraham juró por él y por su descendencia el huir de la idolatria y el obedecer é Dios con una sinceridad inviolable. El cumplió su juramento; pero su descendencia, de indómita cerviz y de corazon desarreglado, fué muchas veces llamada inútilmente al cumplimiento de sus obligaciones. Dios se encargó por su parte de dar al anciano Abraham numerosos descendientes, primicias y simbolo de esas generaciones de creyentes que debian brillar algun dia en el firmamento de la Iglesia, como las estrellas en el manto azulado de los cielos. Para añadir á sus palabras una sancion espresa, y dejar un monumento indestructible de estos hechos, cambió Dios el nombre de Abram, que quiere decir *padre ele-*

cado, en el de Abraham, *padre de los muchedumbres*, y el nombre de Sarai, que significa *mi princesa* ó señora, en el de Sara, *la princesa por excelencia*, porque debía ser ella la madre de muchos pueblos. "Porque yo la bendeciré, continuó el Señor, y tú tendrás de ella un hijo, que yo bendeciré también, el cual será gefe de naciones, y de él saldrán príncipes." Los nombres de Abraham y de Sara, modificados así, encerraban esperanzas que sustuvieron la Sinagoga por espacio de veinte siglos, y que son todavía el encanto de todo el dispersado Israel. Y en el día que nosotros hemos recojido en la fé las bendiciones que ellos proféticamente recibieron, resuenan suavemente y son gratos á todo oído cristiano, y hasta la eternidad serán pronunciados por las humanas generaciones.

Asombrados de oír cosas tan grandes, Abraham se prosternó, pegando su faz contra la tierra, y sonrió en su cándida alegría, y dijo en el fondo de su corazón: "Un centenario tendrá, pues, un hijo, y Sara va á parir á los noventa años!" Y añadió dirijiéndose al Señor: "¡Ojalá que Ismael viva delante de ti!" Como si dijera: Señor, ya que con tanta bondad me tratáis, dignaos, os suplico, conservar también á mi Ismael, darle vuestra bendición santa, y hacer que sea acepto á vuestros ojos. La risa de Abraham, no era efecto de incredulidad ni de desconfianza: era una expansión natural del júbilo en que reboza un corazón sencillo y recto cuando se vé inesperadamente colmado de beneficios y de felicidad: era al mismo tiempo una sincera efusión de reconocimiento y de respeto. Las palabras que profiere no lo son de un hombre que duda del poder de Dios, sino de un santo que admira su bondad. Debemos juzgar de las acciones por las personas. Abraham en todas ocasiones dá muestras sublimes de una fé perfecta. Dios, que lee en el fondo del corazón, dá de él este brillante testimonio. Y puesto que el Señor no le reprende aquí como incrédulo ú hombre de poca fé, como lo hizo despues con Sara, sería temeridad el notar á Abraham de poca fé en este lance. Sabia bien el patriarca, que Dios puede hacer florecer el Desierto, y dar algunos rayos mas á un sol de otoño. Por esto, léjos de reprenderle, como de una duda, le dice: "Un hijo te nacerá de Sara, tu muger, y tú le llamarás Isaac: yo haré alianza con él y sus descendientes para siempre: tambien he oído tu súplica sobre Ismael. Le bendeciré, y haré crecer y multiplicar al infinito: será padre de doce príncipes, y lo haré cabeza de un gran pueblo. Pero mi pacto se establecerá con Isaac, que Sara debe dar á luz dentro de un año por este tiempo." Paróse aquí la voz que hablaba, y desapareció la vision.

Es de advertir que no dejó de cumplirse la promesa del Señor en cuanto á Ismael, pues fué en realidad padre de un gran pueblo. Los árabes,

descendientes de Ismael, se dividian, como los hebreos, en doce tribus, coincidiendo con las doce tribus de que fueron cabezas los hijos de Jacob.

Poco tiempo despues, cuando el sol derramaba sobre la tierra los rayos abrasadores del medio dia, Abraham estaba sentado á la entrada de su tienda, en el valle de Mambré. Levanta de repente los ojos por la parte del camino, y vé á tres hombres que se acercaban. Corre á su encuentro, y se postra delante de ellos hasta tocar su frente con la tierra, segun la antigua y oriental costumbre de saludar. "Señores, les dice, si he encontrado gracia á vuestra presencia, dignaos aceptar la acogida que os ofrece vuestro servidor. Traeré un poco de agua para lavar vuestros piés, y descansaréis un rato á la sombra de este árbol. Os serviré un poco de pan para fortalecer vuestro corazón, y seguiréis despues vuestra ruta, pues tal es vuestra intencion al desviaros de vuestro camino con direccion á vuestro siervo."

Sabido es con qué religiosa exactitud fué ejercida la hospitalidad entre los antiguos, y sobre todo en el Oriente, y cuán íntimas y sagradas relaciones establecia entre los hombres. Prodigábase al viajero los mas humildes servicios con la mas viva y generosa solicitud; no se le preguntaba por su nombre hasta despues de la primera comida, y al despedirse, recibia y daba algunos presentes, como en testimonio de indisoluble amistad. ¡Bellas y dichosas costumbres, que aseguraban donde quiera al estraño un pan casi tan dulce como el del hogar doméstico, y que le hacian encontrar en sus huéspedes hermanos y hermanas, imájen querida de su ausente familia! ¡Preciosas habitudes en que el corazón, cansado tal vez por la fatiga del cuerpo, hallaba siempre nuevas é imprevistas expansiones en que derramarse con todo el placer inesperado de la franqueza y de la cordialidad! Los hombres, diseminados por la tierra, se reconocian siempre como hermanos, y se trataban como amigos: todos se abrazaban mutuamente como individuos de la gran familia humana. En el dia, estas frias palabras *lo mio* y *lo tuyo* han encerrado y estrechado los corazones dentro de si mismos. En aquellos tiempos existia la propiedad, pero no dominaba el egoismo: el corazón estaba dispuesto siempre para dar, y miraba como un deber sagrado el satisfacer todas las necesidades ajenas. Hoy dia, es verdad, los derechos están mas claramente definidos, pero los deberes son menos afectuosamente practicados. Por la fuerza de las cosas, la hospitalidad ha cesado de ser un acto de amistad fraternal para convertirse en una industria. ¿Mas era absolutamente necesario que llegase á ser tambien un cálculo de lucro, un choque de intereses que se cruzan, hasta el punto de reducir á las áridas proporciones de una especulacion lucrativa lo que los antiguos habian elevado

á la altura de un deber religioso? ¿Abriga, pues, el mundo tantos impostores, que sea preciso encerrarse en un duro egoismo para no ser engañados?

Abraham desplegó aquí el carácter y uso del lenguaje propio de la caridad mas espontánea y generosa. Sin reconocer en estos personajes mas de lo que aparecían; sin esperar de ellos la mas mínima recompensa, y sin que se lo rogasen, corrió á su encuentro, saludándoles con el mas profundo rendimiento, y convidándolos á comer en términos tan espresivos y con tan vivas instancias, que tenía por una gracia y agasajo particular el que se dignasen condescender con sus deseos, como si dijera: Si yo merezco esta honra; si gustais hacerme este obsequio; si me teneis por digno de que yo reciba de vosotros esta plausible muestra de bondadosa condescendencia; ya que la providencia del Señor me ha proporcionado este feliz acontecimiento, no es justo que paseis adelante, hasta que nuestro servidor tenga el gusto y la honra de hospedaros en su casa.

En las regiones orientales los viajeros acostumbraban caminar á pié descalzo ó con sandalias, á causa del excesivo calor; por lo cual, tanto para refrescarse, como para limpiarse de la inmundicia, tenían necesidad de lavarse los piés. A los huéspedes principalmente se acostumbraba hacer este obsequio antes de servirles la comida, y la humildad de Abraham le obliga á ofrecerse él mismo á ejercer con los suyos un ministerio propio únicamente de los servidores ó esclavos.

Los misteriosos peregrinos cedieron á la afectuosa invitacion de Abraham, diciéndole: "Hazlo como tú dices." El patriarca entró en su tienda, y dijo á Sara: "Amasa al momento tres haces de flor de harina, y haz panes cocidos bajo el rescoldo." Abraham, aunque era considerado en aquellos tiempos como un príncipe y Sara como una princesa, y aunque tenía una numerosa servidumbre, queria ejercitar por sí propio la hospitalidad, y ofrecer un ejemplo á su esposa para que también la ejecutara. Corre presuroso á su rebaño y escoje de lo mejor que allí tenía, dando para coecer á un doméstico una tierna becerra. Ignorábanse entonces las delicadezas de la mesa; y no se cuidaban de escitar el apetito por la profusa diversidad de las viandas y por el lujo de los condimentos; el satisfacer la necesidad natural de comer no había llegado á ser objeto del refinamiento del arte. Una vianda comun, abundante, sabrosa pero no variada, leche, becerro, tales fueron los manjares que se ofrecieron á los huéspedes de Mambré. Esto seria muy sencillo para época de refinamiento y de estudiada sensualidad, en que el precio de los objetos se mide sobre su rareza; pero fué un banquete magnifico en aquellos dias de vida moderada y frugal en la que el hombre no había sujetado el ham-

bré misma á los artificios de la civilization. Tomaron los viajeros su comida debajo de la sombra regulada. Abraham estaba en pié para servirles en lo que necesitasen, dando á su familia el mas bello ejemplo de respeto y de humildad.

En el siglo cuarto de nuestra era, mostrábase aún en Mambré un terebinto muy antiguo, que se decia haber abrigado bajo su sombra los huéspedes del gran patriarca. Todos los años, en la estacion de verano, reuníase en los campos del contorno un inmenso concurso de pueblos, atraído por la religion y el comercio: cristianos, judíos é idólatras acudían allí de todos los puntos de la Arabia, de la Palestina y de las costas del Mediterráneo. El emperador Constantino hizo edificar allí una iglesia. Muchas generaciones de terebintos han pasado sobre aquella tierra, con las razas humanas y las revoluciones; pero dejando siempre, por decirlo así, un heredero de su celebridad y un testimonio de los antiguos dias; pues aun en nuestros tiempos un terebinto, guardado por el respeto que le prestan los siglos que se van sucediendo, señala el punto en donde los enviados del cielo visitaron á Abraham.

Porque no eran en realidad hombres estos extranjeros sentados á la mesa hospitalaria de Abraham: eran unas formas humanas habitadas momentáneamente por espíritus celestiales. Llámanse ángeles, es decir, mensajeros, estos séres superiores que descienden del cielo, su luminosa patria, para informarnos de algun suceso extraordinario, y que toman al pasar, sombras visibles y palpables, á fin de ponerse en relacion con todas las exigencias de nuestra complexa naturaleza. Verdad es que Dios se revela por medio de la creacion, que es como un libro abierto delante de nosotros, y por la conciencia humana, en la cual resuena su voz con acentos ya conocidos; pero él puede revelarse personalmente de una manera directa, cubriendo con un velo sus resplandores demasiado brillantes para nuestros débiles ojos, ó bien enviarnos embajadores que traigan su secreto con fidelidad, porque son inteligentes y con buen éxito, porque su sensible aparicion previene ó disipa nuestras dudas y nuestra incredulidad. Así es como Abraham se veia iniciado en los misterios del porvenir.

Se ha negado con harta ligereza la posibilidad de estas apariciones, por el seco y descarnado pretexto de que la razon no las admitia; causal que ha servido también para negar, no solo los misterios augustos de la fé, sino toda la existencia del mundo espiritual. Pero bastará la mas óbvia y sencilla reflexion para desvanecer como el humo ese miserable pretexto. Si los adelantados en el estudio de la naturaleza física, la invencion de nuevos gases y su ingeniosa combinacion producen maravillas en la mano del hombre, de modo que se hubiera hecho increíble en un siglo lo

que en otro se ejecuta con tanta facilidad, ¿quién negará al Autor supremo de estos elementos la sabiduría y el poder para combinarlos de modo que aparezcan á los débiles ojos del mortal bajo las formas mas bellas y variadas, aun sin faltar á las leyes esenciales de la materia, y por solo una combinacion oculta al limitado pensamiento del hombre? Segun los sagrados espositores é intérpretes, no hay duda que los ángeles, formando un cuerpo del aire que les rodeaba, y mezclando en él algunas exhalaciones que pudiesen representar unos cuerpos sólidos, colores verdaderos, y la configuracion de los miembros humanos, aparecían de este modo á los hombres, sin que éstos pudiesen discernirlo, y con la misma facilidad desaparecían. Los ángeles, pues, comieron por eleccion y voluntad, por manera que el alimento que tomaban se resolvía en un aire sutilísimo, al modo que el sol resuelve en vapores y no convierte en substancia propia los humores que toma de la tierra. Segun el águila de Hipona y el ángel de los doctores, no comieron aquellos ángeles sino en apariencia.

Siendo esta la primera vez que se hace mención en la Escritura santa de haber tenido el hombre conversacion con los celestes espíritus ó mensajeros de Dios, no parecerá inoportuno indicar rápidamente lo que nos dice la tradicion acerca estas puras inteligencias, el terrible cisma que desplomó del cielo una gran parte de ellas despues de creadas, y los restos de las diversas tradiciones de los pueblos primitivos que confirman la existencia de estos seres intermedios entre Dios y el hombre, ministros brillantes y ejecutores de su voluntad soberana. De otra parte nos parece cumplir así mejor nuestro objeto, que nos conduce á amenizar el relato biblico con todo cuanto puede servir de grata é interesante doctrina.

Vamos, pues, á bosquejar con rapidez el primer crimen anterior al del hombre, de quien trajo el de éste su primera causa; primer origen de la existencia del mal, que tanto dió qué pensar á los antiguos filósofos, privados de la luz de la revelacion. Como es imposible atribuir á Dios la causa del mal, veianse reducidos á esta terrible alternativa; ó á negar á Dios perfeccion absoluta, suponiéndole, á lo menos por algun tiempo autor del mal, ó á inventar un principio ó agente desconocido, rival odioso de la Divinidad, pero tan inteligente y poderoso para obrar el mal, como lo era al principio bueno para obrar el bien. Hé aquí el origen de tantos sistemas absurdos, de tantas desatinadas teorías, que no sabiendo á qué atribuir los males que inundan la tierra, hicieron cómplice de ellos á la Divinidad, la cual se fué multiplicando en otros tantos númenes, de los que unos hacían la felicidad y otros la desgracia del género humano.

Así es que las tradiciones idolátricas de todos los pueblos nos ofrecen, á mas de los númenes ó divinidades superiores, seres intermedios dotados tambien de poder para hacer bien ó mal á los hombres, mensajeros ó ejecutores de las órdenes del cielo. Los chinos honraban á los ángeles con un culto particular. Khoung-Tseu (Confucio) ha tratado de su esencia. Teu-Sse, su nieto, lo refiere en su libro Tchoung-Young (el Invariable Medio). En la creencia de los calmuco, se oyó una voz en lo alto y era la de los *Tengris*, que no cesan de velar en los destinos de los hombres: esta voz anunció que caería una lluvia abundante (el diluvio). Los parsis piensan que los genios sabalernos tienen un poder absoluto en las cosas que Dios les ha confiado. Las diversas tribus de las orillas del Orinoco designan al demonio por un nombre propio que le da cada uno segun la energía de su lengua. Los escitas reconocían la existencia de los genios, que llamamos ángeles. Los tracios admitían tambien estas inteligencias superiores. Los getas, los masagetas, profesaban en este punto una doctrina semejante. Resulta de los relatos de Olaus Magnus y de Jornandes, que los godos tenían la creencia general sobre los espíritus invisibles. Los celtas confesaban estos genios superiores, y practicaban ritos diversos en honor suyo. En cuanto á los griegos, su culto de los dioses secundarios, ó de los semidioses, no era mas que una alteracion del dogma sobre las creencia que tenían de los egipcios, y de los traficantes de la Fenicia. El sabio Huet lo ha mostrado claramente. Tales y Pitágoras reconocían la existencia de las sustancias espirituales que obran en nuestra esfera. Y Platon, que muchas veces menciona la doctrina general de los espíritus invisibles, llega hasta hablarnos en el *Timeo* de su ángel familiar.

No solo la existencia de los ángeles forma parte de la ciencia tradicional de los pueblos, sino tambien su rebelion y su castigo. Los habitantes de las márgenes del Mar Bermejo de América, refieren que Dios crió seres invisibles que se rebelaron contra él, y que son sus enemigos, tanto como de los hombres; y les dan el nombre de engañadores mentirosos. Los californios septentrionales dicen: *El que es viviente* ha criado entes invisibles, que se han rebelado contra él. Segun los hindus "se separaron de la obediencia que le debían. . . . dijeron entre si: queremos mandar. . . . engañaron á otros ángeles, y corrompieron la fidelidad de otros varios; el Eterno les advirtió de su crimen; pero ellos, que se lisongeaban de ser independientes, persistieron en su desobediencia: el Eterno mandó entonces echarlos fuera del cielo, y precipitarlos en el Onderah (el infierno), para sufrir en él tormentos continuos." "En el tiempo en que hubo una disputa y una guerra entre los ángeles y los demonios, los

ángeles ganaron la victoria."—"¿Qué diferencia vá entre un *deva* (ángel) y un *davano* (demonio), amigos por la naturaleza, el uno de la justicia y el otro de la iniquidad; el uno adherido á la virtud, el otro al vicio?"—Los escandinavos admiten los ángeles (*æsers*); reconocian tambien el combate que hubo entre ellos en el cielo, antes de la existencia de la tierra.—Los árabes llaman al jefe de los ángeles malos Iba (el refractario), Scheitan ó Satanás (el calumniador).—El sistema religioso tibetano-mongol incluye toda nuestra enseñanza sobre la caída de los espíritus rebeldes y su eterno destierro, despues de una gran batalla, que se dió en el cielo.—Los mexicanos creían en el castigo de los malos por los demonios.—Los peruanos apoyaban esta idea con un horror grande á Satanás, á quien llamaban *Cupay*, no nombrándole sin escupir antes en señal de maldición.—La culla Grecia tampoco careció de esta tradicion general. Esquiles habló de la caída de los ángeles rebeldes despues de un combate.—Empédocles enseña que los malos demonios son castigados por el crimen que han cometido. Por fin, Eurípides, en su *Electra*, supone las pérfidas sugestiones de un genio maléfico.

Digase ahora de buena fé, ¿en qué mito, ni en qué sistema filosófico se haya resuelto ese gran problema de la naturaleza moral, sino en los fastos de la religion cristiana? No nos ocuparemos ahora en la demostracion de la existencia de aquellos espíritus, que fueron creados antes que el hombre. Esto pertenece á la parte dogmática de la religion, en la cual no es nuestro ánimo entrar. No haremos mas que presentar con toda la energía posible lo que la fé y la ciencia nos enseñan acerca la caída de los primitivos espíritus y su consecuente depravacion, que tan funesta fué á nuestra especie.

Cuando dijo Voltaire con aquel aire de superficialidad y desprecio con que, á pesar de su talento, insultaba tantas veces el sentido comun, que la caída de los ángeles era una vieja fábula de los indios, no conocida de los judíos hasta el tiempo de Augusto y de Tiberio, lejos estaba de sospechar que esas mismas viejas fábulas de los indios y los demas pueblos orientales y septentrionales, no pasaria un siglo sin que apareciesen á la luz de la mas esacta critica, como otros tantos vestigios de las primitivas tradiciones, y fuesen para el mundo filosófico nuevas ó irrefragables pruebas de la verdad de los primeros dogmas enseñados por la única y verdadera religion, que data desde la cuna del mundo y que quedó completamente desarrollada por el cristianismo. Así es que, sin quererlo, añadió una prueba de mas de que el hecho de la caída de los ángeles era ya conocido tradicionalmente por los pueblos de la India; y, como acabamos de ver en el artículo que ha precedido, la caída del primer hombre y de

la primera muger por instigacion del espíritu maléfico ó por la astucia de la serpiente enemiga de nuestra especie, estaba estendida por todos los pueblos de la tierra. Mas la sola razon, vislumbrando apenas esta verdad tradicional por entre la densidad de los siglos, mal podia remontarse á una historia que casi no pertenece al tiempo, esto es, á la caída de aquel espíritu pérfido, por cuya envidia entró la muerte al mundo, como se lee en el libro de la sabiduria, mas de tres siglos anterior al reinado de Augusto. El profeta Zacarías, el autor del libro tercero de los Reyes, el del primero de los Paralipómenos, el libro de Tobías, y por remontarnos á mayor antigüedad, el de Job, conocido por los judíos mucho tiempo antes de la cautividad de Babilonia, y reputado por Voltaire anterior á Moisés, todos estos nos hablan del ángel rebelde, enemigo de Dios y del linage humano. Su caída merece algunas graves reflexiones. Procurarémos, pues, que la fuerza de la imaginacion no altere en lo mas minimo, ni la integridad de la fé, ni la doctrina de la ciencia.

Habiendo resuelto Dios desde la eternidad el fecundar la nada por un acto espontáneo de su omnipotencia, crió ante todo las celestiales inteligencias, para ser glorificado en su adoracion, en su amor y en su obediencia. Tal vez entró tambien en su desigüo valerse de estos allegados á la majestad de su trono, como de ministros ó mensajeros con otras criaturas inferiores, ó para hacer oír la voz de su poder á los diversos puntos de los espacios criados. Sin sondear ahora en el pensamiento eterno del Criador, lo cierto es que salieron de la nada por un acto de la voluntad divina millares de millares de inteligencias, en diversos grados de perfeccion, cuya naturaleza nos es desconocida, y de las cuales no podemos formarnos idea sino por lo que tienen de comun con nosotros, que es la inteligencia y la libertad en el momento en que fueron criadas. ¿Cómo puede el hombre conocer al ángel, si tampoco se conoce á sí mismo!

En la caída, pues, de aquellos espíritus ó de parte de ellos, nada enseña la fé que repugne á la razon y la filosofía, antes bien, en su rápida y terrible historia reconoce el alma un fondo de verdad, y aquel poder intimo de conviccion con que, satisfecho el entendimiento, halla un placer sublime en acatar las verdades de la religion y los misteriosos designios de Dios sobre sus criaturas. Sin chocar con ninguna contradiccion ni extravagancia, reconócese en aquella gran catástrofe la grandeza, la bondad, la justicia de Dios, la ingratitud, el orgullo, la demencia de su criatura. En el fondo de nuestra condicion miserable hallamos el gérmen de aquella malicia que el autor del mal supo comunicar á nuestros pro-

genitores, y de que nosotros tan sensiblemente participamos. Todo se enlaza, pues, en la historia de nuestras miserias.

Toda criatura racional y libre puede pecar; y si fuese impecable, sería un don de la gracia, mas no una condicion de su naturaleza. Solo Dios es por naturaleza impecable. Nada mas claro á los ojos de la razon. Dios es el tipo de todas las perfecciones que forman parte de su esencia. Las tiene, pues, de necesidad, y ninguna otra criatura puede tenerlas sino por voluntad de Dios. Y como ésta es tambien inseparable de la justicia, no quiere dar á nadie la fruicion de su gloria sino por premio ó corona, y no puede darse premio sin mérito. Los espíritus, pues, se hallan en este caso. Créoles Dios con pleno conocimiento del bien y del mal, y con plena libertad para escojer, para que su amor, su obediencia y sumision fuese en ellos efecto de una eleccion libre, y un acto de mérito para hacerse dignos de la recompensa de los cielos.

Los ángeles no tenian pasiones como los hombres, que seducidos por la apariencia de las cosas, pueden engañarse en la eleccion del verdadero bien. En el hombre puede caber la ignorancia y la duda, y de ella aparece que fué capaz aun en el estado de su inocencia, cuando dijo nuestra primera madre reconvenida por Dios: *la serpiente me ha engañado*. Mas el ángel, conociéndolo todo, no podia alegar engaño ni ignorancia en su eleccion, ni arrepentirse de ella. Un acto meritorio les bastaba para fijar eternamente su destino. Tenian delante de sí el abismo de la eternidad para ser felices ó desgraciados. Escojer debian entre el reconocimiento y la ingratitud, entre la sumision y la rebeldia.

En aquel momento formidable la inmensa creacion angélica quedó dividida en dos partes aunque desiguales. Entre aquella gran multitud de espíritus, se verificó lo que debia verificarse despues en la creacion material. Dios separó la luz de las tinieblas. Una gran parte de aquellos espíritus, viéndose tan bellos, osaron enamorarse de sí mismos y negar á Dios la obediencia y la sumision. Los otros empero obedientes, humildes, fueron confirmados en su gracia. Mientras los unos, abusando del libre arbitrio, lo convirtieron todo á sí mismos por una culpa imperdonable, los otros, ardiendo por la gloria de Dios y queriendo vindicar su justicia, rodearon como un ejército brillante el trono formidable del Altísimo. Dióse entonces aquella misteriosa batalla que describe el estático apóstol en su arcanoso libro de la *Revelacion*, y á cuya comprension no alcanza nuestro pensamiento, asi como no alcanza á su pintura nuestro lenguaje. "Hubo, dice, en el cielo una gran lucha. Miguel y sus ángeles combatian contra el dragon, ó Lucifer: éste y los suyos peleaban contra aquel; pero éstos quedaron vencidos, y desde entonces no han vuelto á aparecer en el cielo." En aquel instante nació el abismo eterno para sepultar

aquellas inteligencias rebeldas, mansion de privacion y de dolor, de horror y de desesperacion, en donde las almas de los hombres que obraron la iniquidad serán tambien arrojadas para llorar eternamente y sin esperanza su perdida felicidad.

El alma del hombre, al separarse del cuerpo, se halla en el caso mismo del ángel en el momento en que fué criado. Fijado queda para siempre su destino, porque no puede ya merecer. Hay un punto en que el Criador juzga irrevocablemente á su criatura. En los puros espíritus que, segun la opinion mas probable, pecaron luego despues del momento de ser criados, se verificó aquel juicio irrevocable en el instante de su caída, así como se verifica en el hombre en el instante de la muerte. Hé aqui una fuente inagotable de reflexiones importantes sobre la justicia de Dios y el destino del hombre. Mas volvamos á los ángeles rebeldes.

El ángel pecó queriéndose igualar á Dios, no por equiparacion absoluta, sino por semejanza. No podia querer lo primero, pues conocia la imposibilidad de conseguirlo. No podia ser Dios sin dejar de ser lo que era: sus descos, pues, no podian dirijirse á la mutacion de su esencia. Tampoco podia pecar por aspirar á mayor perfeccion de la que tenia, porque todo ser criado puede aspirar á mayor perfeccion, y cuanto es mas perfecto, mas se asemeja á Dios. Su crimen, pues, fué en el objeto y en el medio. En el objeto, porque no aspiraba á ser mas perfecto para complacer á Dios y ser mas digno de su amor, sino para engrandecerse á sí mismo y satisfacer su vanidoso y sacrilego orgullo. En el medio, porque aspiraba á ser mas perfecto por su propia virtud y no por la del Criador. Hé aqui el pecado de la criatura. En la caída del ángel, pues, vemos en compendio nuestras pasiones delinquentes y el gérmen funesto de todas ellas: el orgullo y el amor esclusivo á sí mismo, fuente de la rebelion y de todas las iniquidades.

Isaias describe la caída de Luzbel en la persona del rey de Babilonia. "¿Cómo caiste del cielo, oh lucero, tú que tanto brillabas por la mañana? ¿Cómo fuiste precipitado por tierra, tú que fuiste la ruina de las naciones? ¿Tú, que decias en tu corazon: escalaré el cielo: sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, sentaréme sobre el monte del testamento, al lado del Septentrion? Sobrepujaré á las nubes: semejante seré al Altísimo. Mas ¡ay! fuiste desplomado al hondo abismo del infierno!"

Ezequiel pinta la misma caída en la persona del rey de Tiro. "Hijo de hombre, dí al príncipe de Tiro, esto dice el Señor Dios: porque se ha engreido tu corazon y has dicho: Yo soy un Dios, y sentado estoy cual Dios en el trono, en medio del imperio de los mares, siendo hombre. y te has creído dotado de un entendimiento como de Dios. . . . Esto dice

el Señor: porque tu corazón se ha ensalzado como si fuese el de un Dios, por esto mismo haré venir quien destruya tu sabiduría y tu gloria."

Este es el rey, dice Job, sobre todos los hijos de la soberbia. ¡Fué aquel rebelde principio de las vias de Dios! San Lucas dice: "Vi á Satanás como un relámpago que cae del cielo," y San Juan: "Aquel fué homicida desde su principio." Ezequiel esclama: "Los cedros no fueron mas altos que él, y toda piedra preciosa era su vestido." Y San Pablo, escribiendo á los de Tesalónica, hablando del Anticristo, dice con su acostumbrada profundidad: "Para que sentado en el templo de Dios, se ostente como si fuese Dios. Y si éste, no siendo mas que un miembro, tanto se envanece, ¿cómo se engrería su cabeza?"

Pero donde se conoce mas especialmente el espíritu de soberbia del ángel tentador, es en la pretension de inspirar este deseo sacrilego hasta en la criatura humana. *Seréis como Dioses*, dijo á Eva. Fácil es inducir de aquí, que este deseo immoderado de asemejarse á la Divinidad por una secreta y orgullosa envidia á sus esenciales prerogativas, fué el gran crimen del espíritu rebelde. No contento con haberlo apetecido, le inspiró también á nuestros primeros padres, para que cayese igualmente sobre estas incautas criaturas y su desdichada posteridad, el castigo eterno y espantoso que sobre él habia caído, pues uno de sus mayores tormentos era el ver la felicidad de otras criaturas que le eran inferiores en perfeccion.

La soberbia, pues, y la envidia son los vicios privativos del demonio, bien que, como á reato de culpa, es capaz de todas las mas viles pasiones. Mas conviene observar de paso que, brutal ó avariento, muelle ó ambicioso, no se deleita como el hombre por un sentimiento de su doble naturaleza, sino que su feroz placer consiste en alegrarse del mal del hombre, cuando le ha hecho esclavo de estos apetitos impuros, de que él no es capaz por su naturaleza.

Así es como, introducido ya por la culpa sobre la tierra, y multiplicado, por decirlo así, en sus innumerables secuaces, se hizo adorar del hombre bajo la forma y el aliciente de aquellas pasiones funestas con que le habia perdido al principio. Procuró borrar la imagen de Dios en el corazón de la criatura, y sustituir la suya bajo apariencias seductoras. Sus templos se desplomaron por la viva palabra de Dios, descendido visiblemente al mundo; y si bien quedó destruido el imperio absoluto que sobre el hombre tenia, con todo, debiendo el hombre para merecer triunfar de sus sugestiones, le ha quedado el funesto permiso de tentar á la criatura para probarla; y si ya no es adorado como Dios, á lo menos se trasfor-

ma en las pasiones mismas para seducir á los infelices mortales, y haciéndoles cómplices de su iniquidad, hacerles compañeros de su castigo.

Antes de Jesucristo era adorado casi por todo el mundo, y su imperio volverá á estenderse antes que el mundo espire; mas será de poca duracion.

Estos espíritus de soberbia, no fueron naturalmente malos, como sostenia Porfirio. Un tal supuesto argüiria en el Criador imperfeccion, impotencia, ó injusticia. Fueron criados buenos, y tornaron malos por su propia malicia y voluntad. Lo contrario repugna la razon, y es condenado por la Iglesia.

Los ángeles malos, pues, fueron buenos en el instante de su creacion, así como fué bueno el hombre en el estado de inocencia, pues ninguna criatura sale mala de las manos de Dios. Aun mas, fueron capaces de merecer, por la gracia de que les revistió el Criador, pues criándolos para su gloria, debia criarlos con toda la capacidad necesaria para ser dignos de dársela, como los demás ángeles que lo fueron. Mas al punto, ellos mismos impidieron su felicidad, declinando su libre albedrio del fin para que fueron criados. La opinion mas comun es, como hemos ya insinuado, que luego despues del momento de su creacion pecaron, pues un solo acto meritorio les bastaba para merecer la bienaventuranza. Tres instantes, pues, pudieron bastar para esta terrible historia, que no ha de circunscribirse en los límites del tiempo. En el primer instante todos fueron buenos: en el segundo hubo distincion entre buenos y malos: en el tercero, cada uno habia recibido su merecido. Aquellos instantes de los espíritus son para nosotros tan incomprensibles como la misma eternidad.

La pena de los ángeles malos es muy difícil de comprender para un mortal. Sin embargo, por la idea que tenemos de la justicia de Dios, y por los efectos del pecado, que por desgracia experimentamos en nosotros mismos, podemos columbrar cuál debia ser el castigo de la soberbia rebelada en aquellas inteligencias, cuyo primer acto, debiendo ser un himno de asombro, de amor y de gratitud, fué un grito infame de insurreccion y de orgullo. El conocimiento natural que de las cosas tenian no se les quitó, por ser inherente á su naturaleza; así como al hombre delincuente no le fué quitada la razon natural, sin la que dejaria de ser criatura racional. Tampoco se les debió privar del conocimiento de las cosas reveladas hasta aquel punto, en que este conocimiento es ya una fruicion de gloria, una beatitud. Debieron conocerlas especulativamente para que viesen todo el horror de su ingratitud y de su infamia, toda la bondad y belleza de aquel Dios á quien habian para siempre perdido, y que solo conocian ya por el ódio, no por el amor. Aquella parte, pues, del cono-

cimiento revelado, que podemos llamar efectivo, que encierra el amor de Dios y el don de la sabiduría, que forma las delicias inefables de toda criatura inteligente, de éste, no hay que dudarlo, fueron privados enteramente. El conocimiento que tienen de Dios, como que no se refiere á su gloria, es llamado *tinieblas, noche*. No les fué dado el claro conocimiento del reino de Dios, pues á haberlo conocido, no hubieran crucificado la gloria de Dios, al modo que los insensatos mortales crucificaron por esta ignorancia funesta á su Criador humanado. Así es que se engañan algunas veces, y su conocimiento puede llamarse ignorancia, comparada con la de los espíritus puros.

Quedóles también por eterno castigo la obstinación en el mal, tormento incomprendible y espantoso, en que la voluntad, como á pesar suyo, se obstina en un mal, cuyo horror y gravedad conoce el entendimiento. La voluntad angélica fué libre antes de la elección en inclinarse al bien ó al mal, á la justicia ó al delito; mas una vez fijada, no muda jamás. Este inesplicable tormento será también el de los réprobos con el odio que tendrán á Dios, á quien conocerán lo bastante para sentir toda la desdicha de la fatal necesidad de aborrecerle. El dolor, pues, no como pasión humana, sino como acto indispensable de su voluntad, es y será el suplicio de los espíritus infernales. Quisieran lo que no es, y no quisieran lo que es. Vénse privados de la beatitud que apetecen por su naturaleza. Creen y se estremecen. No se duelen del mal de la culpa, no son capaces de un solo acto de arrepentimiento, ni de un suspiro de amor, porque entonces sería buena su voluntad. Duélese, sí, del mal de la pena, conocen su inmensa desgracia, y privados del amor que pide perdón, y de la esperanza que consuela, sufren con rabia el peso insufrible de una existencia que siempre renace; y conociendo la felicidad del cielo, bramán atormentados por una sed de gozar que les devora de continuo, en cuya comparación el volver á la nada sería una felicidad suprema. El diablo, dice, Isaías, será roído por el dolor de corazón, y ahullará por contrición de espíritu. Y el autor del Apocalipsis añade, que arrojado á un estanque de llamas, será atormentado por los siglos de los siglos.

Al momento de pecar, los ángeles precitos fueron arrojados del cielo, y se hundieron en el abismo. Mas no podemos negar que, desde el pecado del primer hombre, Dios les permitió salir de allí, para probar á la criatura. Pidieron á Dios, dice San Lucas, que no los metiera en el abismo, teniendo por gran pena el no hallarse en un lugar en donde no pudiesen saciar su envidia dañando al hombre; y añade San Marcos, que rogaban á Dios no los espeliese fuera de esta región. Parece, pues, indudable, que hasta el último día permite el Señor á estos malignantes espí-

ritus, á esas *potestades de los aires*, vagar por el espacio para tentar al hombre viador, aunque sea su propio lugar el abismo en que fueron sepultados. Y así como, siendo el cielo el lugar de los ángeles buenos, no disminuyen éstos su gloria, viniendo á nosotros; así tampoco disminuyen de pena los malos, vagando por el aire caliginoso, por permisión de Dios, para ejercitar á los hombres. Llevan siempre además consigo la llama del infierno. Sus propios tormentos les siguen. Ellos recorren este vasto globo, donde por su perfidia introdujeron el llanto y la desgracia. En vano asoma á sus labios una foroz sonrisa, cuando hacen caer nuevas víctimas con sus engaños, y arrastran nuevas criaturas á su eterna desventura. Ellos sienten á veces aquellas cadenas invisibles con que los tiene amarrados el Omnipotente, y con que detiene cuando le place la audacia de su vuelo. Dios reside en el mundo, y su eternal dedo les señala como á las olas la línea hasta donde pueden llegar. Y ellos obedecen estremecidos.

Nos parece haber desenvuelto algun tanto la doctrina de la fé y de la ciencia sobre la caída de los ángeles rebeldes; y, sin apartarnos de la misma senda, no creemos que se nos acrimine el condescender ahora algun tanto con la imaginación. No hay duda que las dimensiones colosales que ofrece el cuadro que acabamos de delinear, ha abierto al genio un vasto campo de invención ideal, que sin tocar á la fé, ni al fondo de la tradición, ha contribuido á presentar con mas viveza á nuestros ojos aquellos misteriosos acontecimientos. Los que declaman contra aquella poesia que, respetando la fé que adora, le presta sus bellezas y sus gracias, para hacerla mas amable á los ojos de los hombres, ¿no han advertido que la religion y la Iglesia, que es su depositaria, permite á la poesia de las artes que materialice, por decirlo así, en nuestros mismos templos los mas altos misterios? ¿Qué es si no una poesia, ó sea una figura sensible del mas elevado de los misterios la representación de la adorable Trinidad? ¿Podemos acaso presentar sino por símbolos los espíritus, sus calidades, y aun los misterios mismos que creemos y adoramos? Exceptuando la presencia real de Jesucristo, ¿qué otra cosa hay en nuestros templos sino geroglíficos sagrados? La virgen, el santo, el ángel, las luces, el incienso, producen en nosotros impresiones materiales para elevar nuestro pensamiento á lo sobrenatural: los sacramentos mismos son señales sensibles de la gracia invisible que se nos comunica por los méritos del Redentor. Por esto todas las artes han colgado ante las aras de la religion sus mas brillantes trofeos. ¿Y cómo podria dejar de hacerlos nuestra imaginación y nuestra alma, en donde reside toda la hermosura del universo? Este es cabalmente parte de nuestro objeto: que la ciencia y el genio res-